

Trabajo y significación subjetiva, continuidad cultural, determinación económica y negatividad

Eduardo L. Menéndez*

*"Hay más tiempo que vida"
(refrán mexicano)*

Trabajo subjetividad y salud diferencial. Hacia el dominio de la significación negativa.

Cuando se analizan problemas referidos a los trabajadores y al trabajo se puede hacer desde muy diferentes perspectivas e intereses. Los objetivos pueden ser saber cuántos y quiénes son los trabajadores, cuáles son las ramas de producción en desarrollo, estancamiento o desaparición; cuál es el nivel de vida de los trabajadores; cuáles son los tipos y condiciones del proceso productivo; cuáles son las organizaciones y la tasa de sindicalización: cuáles son los tipos de conflictos obrero—patronal dominantes y el sentido de los mismos; cuáles son las consecuencias en la salud de los procesos productivos, etcétera. Este listado podría ser muy prolongado, pero la pregunta a hacernos respecto de éstas y otras temáticas, es posiblemente un interrogante obvio, pero necesario: ¿Cuáles son los problemas que tratan de ser contestados a través de la descripción y análisis de las mismas?

Posiblemente el espectro de respuesta sea bastante amplio: desde propuestas directamente ideológico—políticas hasta objetivos académicos que tienen que ver con la planificación de las políticas y de los recursos, o que buscan incidir en la solución de conflictos, acelerar los procesos de productividad, evidenciar la tasa de explotación o analizar cuáles son las condiciones que limitan la organización obrera. Creo que, polarizándolas, podríamos encontrar dos objetivos centrales: a) unos referidos a asegurar la productividad y en segundo lugar el control sobre el proceso de trabajo y b) otros que tratarían de dar cuenta de las posibilidades de cuestionamiento y de una alternativa social a través del sujeto social conocido como proletariado. El conjunto de investigaciones y elaboraciones ensayísticas, podrían ser incluidas dentro de estas dos posibilidades.

Si nos remitimos específicamente a la problemática salud/enfermedad observamos que toda una serie de indicado-

res evidencian claras situaciones diferenciales que tienen que ver directamente con la esperanza de vida, el envejecimiento prematuro, la invalidez, la incidencia diferencial de enfermedades físicas y psíquicas. Estos indicadores pueden ser referidos no sólo a la inserción directa en el proceso productivo, sino a las condiciones generales de vida derivada, por lo menos parcialmente, de dicha inserción. Cuestionable posiblemente, desde una perspectiva conceptual, la masa de material empírico generada por las ciencias sociales sobre insatisfacción y "alienación" laboral en los 50as, 60 y 70 hallan en la actualidad una notoria verificación al poner en primer plano lo que directa o indirectamente esas investigaciones evidenciaban, es decir las condiciones conflictivas y contradictorias de un proceso laboral que se traducía en "enfermedad psíquica" o en procesos de identificación sintónicos y que hoy se manifiestan a través de un término que tiene dudosa validez conceptual, pero un fuerte referente empírico: los procesos tefionales (stress).

Consideramos que las situaciones de enfermedad/salud/atención de los conjuntos sociales, incluidos los trabajadores pueden expresar las dos posibilidades antes enumeradas. Pueden ser analizadas para demostrar los procesos de explotación, alienación, control, o respuesta obrera y pueden ser estudiadas con vistas a la reorganización de un proceso productivo desde la perspectiva empresarial. Pueden expresar la necesidad de limitar los procesos que inciden negativamente en la salud obrera pero asegurando la productividad y la organización dominante o pueden servir como instrumento de lucha, de modificación alternativa, de concientización.

Si esta polarización es correcta; si la misma engloba lo que podemos denominar las dos grandes posibilidades ideológicas, las investigaciones que se orientan hacia los que podemos llamar "el proletariado" (u otro sujeto social alternativo) deberían evidenciar, aunque sea remotamente, dicho sentido. Más aún debería ser un supuesto, que aunque tácito, evidenciara que el mismo contribuye a dicho esclarecimiento. Esto no supone pensar necesariamente en un esclarecimiento aplicativo inmediatista; sino en el interés que orienta a las investigaciones.

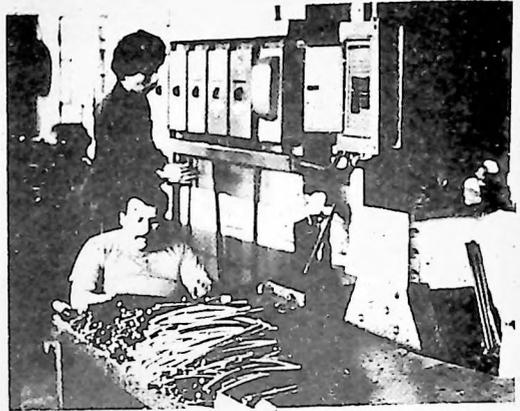
A partir de lo señalado, frecuentemente no me queda claro el *sentido* de gran cantidad de investigaciones sobre

* Maestría en Antropología Social -ENAH.

los trabajadores, en las cuales uno de los principales elementos problemáticos no suele aparecer, o si aparece lo hace en cierta medida "vergonzantemente". Nos referimos específicamente a la significación que el trabajo tiene como categoría objetiva explicativa y como proceso subjetivo (de los conjuntos sociales). Es difícil negar que en la sociedad capitalista (y en la socialista de Estado) el trabajo humano constituye todavía el eje de la producción y de la productividad y es difícil negar también que dicho trabajo no sólo evidencia consecuencias negativas diferenciales (muerte, envejecimiento, invalidez), sino que aparece en lo manifiesto como un proceso contradictorio o por lo menos conflictivo. Aquello que nos desgasta, no sólo es de lo que vivimos, no sólo nos permite acceder al salario y prestaciones, sino que en la mayoría de los casos se evidencian a través del trabajo las más negativas relaciones de control social. Ello opera además dentro de un tiempo de trabajo que sólo tiene significación salarial para el conjunto de los trabajadores, y que se vive como vacío de significaciones intrínsecas.

En consecuencia, si lo que nos interesa es no sólo la reorganización productiva y sus consecuencias o la propuesta de paliativos sobre las consecuencias del proceso laboral —aspectos cuya importancia no negamos—, sino la significación del trabajo en el doble sentido señalado, lo incomprendible, por lo menos para mí, es que estas significaciones no aparezcan analizadas en la mayoría de las investigaciones generadas sobre la problemática de los trabajadores en América Latina. En esto reside uno de nuestros principales interrogantes, en la medida que en la mayoría de estas investigaciones (consultar las recientes revisiones de F. Zapata 1986 y F. de la Garza *et al.* 1986) no aparecen, ni siquiera tácitamente, las concepciones sobre la significación del trabajo y si aparecen son referidas mecánicamente y unilateralmente a la ley del valor o sólo se mencionan a través de propuestas ideológicas que no están articuladas a los procesos vividos por los trabajadores.

Desde la perspectiva de la problemática de salud/enfermedad, la significación del trabajo puede ser asumida en el doble sentido señalado: como categoría nuclear que implica los procesos de explotación y alienación y como proceso subjetivo a través del cual se reformulan específicamente los dos procesos citados. La explotación se verifica no sólo en la tasa de plusvalía relativa y absoluta, sino en las condiciones de salud, y la alienación en las relaciones de distanciamiento con el producto. Pero estos procesos necesitan ser articulados subjetivamente (es decir a través de la subjetividad de los conjuntos) para dar cuenta no sólo de la relación entre los dos niveles, sino por considerarlo necesario en el plano de la práctica social de lo posible. Es esta necesaria articulación de significaciones, la que nos impedirá obviar o liquidar conceptos. Si los procesos de explotación operan a través del trabajo y si éste se desgasta prematuramente debemos necesariamente explicar, y no sólo por efectos del charrismo, por qué el movimiento obrero lucha tan poco por demandas referidas a la salud. Más aún, debemos explicar por qué con tanta frecuencia los trabajadores aceptan monetarizar su enfermedad en vez de lograr cambios en el proceso productivo.



Siempre me ha resultado difícil entender cómo los autores que niegan la categoría de alienación resuelven teóricamente la relación de los propios trabajadores con el proceso productivo, en la medida que éste tenga por objetivo la muerte inmediata o potencial. La industria bélica, la de contaminantes, que algunos autores han llamado la "industria para la muerte", es, como sabemos, una de las más dinámicas en países capitalistas centrales y en algunos periféricos (Brasil, Israel) y en su producción está comprometida una creciente parte del proletariado industrial, incluida la "nueva clase obrera". ¿Cómo hacen autores que niegan la categoría de alienación por su origen hegeliano (Colletti) o por su actual erosión conceptual (Naville) para dar cuenta de procesos que no sólo afectan a la sociedad en su conjunto, sino a la subjetividad del productor? Sólo pueden hacerlo a partir de negar la subjetividad de éste, de reducirla a "enfermedad mental" o de considerar exclusivamente las condiciones impuestas por la estructura. Justamente ignorar la dimensión subjetiva puede conducir a graves errores de interpretación por absolutizar la interpretación basada en las categorías objetivas. Así la conceptualización de plusvalía absoluta conduce a señalar que es en los sectores de más alta productividad donde ésta opera; pero son justamente estos sectores los que poseen generalmente los más altos salarios y prestaciones, y también los tiempos más reducidos de trabajo y son los que comparativamente, respecto de los trabajadores menos calificados, evidencian mayores esperanzas de vida.

Tal vez lo propuesto hasta ahora podría organizarse en un discurso más coherente, que recuperara alguna de nuestras propias experiencias. Si me interesa discutir el significado del trabajo en la doble orientación señalada es porque considero que dicha discusión es básica dentro del marxismo (o de los marxismos). Las categorías fuerza de trabajo, alienación, fetichismo de la mercancía, explotación y la teoría del valor constituyen parte de los conceptos nucleares de dicha teorización. A partir de la misma el trabajador (productivo o productivo más productivo indirecto, etcétera) aparece como el potencial agente de la transformación alternativa. En la década de los 70 participamos en Argentina durante varios años en toda una serie de investigaciones sobre la sa-

lud de los trabajadores, en las cuales nuestro marco teórico incluía dichas categorías y hallaba en los procesos de enfermedad física y psíquica una parcial verificación de los procesos de explotación y alienación, así como de los procesos de mercantilización de la enfermedad, desarrollo de estrategias autónomas; insatisfacción por el proceso de trabajo y el trabajo en sí.

En dichas investigaciones jugaban roles teóricos importantes los planteamientos del denominado "modelo obrero italiano", las concepciones psicoanalíticas sobre la función sintónica del trabajo, así como la importancia dada a la cultura obrera no sólo por la escuela histórica británica, sino también y sobre todo por la sociología del trabajo francesa, tan relacionada inicialmente con las experiencias discontinuadas del Frente Popular de los años 30. Estas tres tendencias, en mayor o menor grado, enfatizan —algunas inclusive en sentido conflictivo— la función articuladora del trabajo, las funciones de identificación y potencialidad subcultural o cultural. Para algunas de estas corrientes la cultura obrera es la cultura negada por la sociedad hegemónica, y la clase obrera en función de su cultura organizada a través del trabajo (Thompson, E., 1977; Carbonaro y Nesti 1975) posee los núcleos potenciales de una sociedad alternativa.

Es decir, que a principio de los 70 tratábamos de integrar conceptualmente las categorías económico-sociales del marxismo, con lo que podemos llamar la recuperación de las instancias subjetivas establecidas a través de procesos culturales y psicosociales. Ciertos procesos ideológicos (solidaridad, saber obrero) y de organización (el control o por lo menos la participación activa en la gestión) aparecían como los articuladores posibles de la doble significación, pero siempre constituida a través del trabajo.

En mi país, este marco teórico se asumió en función de las prácticas sociales, sin desconocer, aunque sí cuestionando ideológicamente, el contenido de toda una serie de investigaciones desarrolladas desde la década de los 20 por las ciencias sociales y antropológicas norteamericanas. Estas ponderaron tempranamente la pérdida de significación del trabajo, al mismo tiempo que veían al trabajo como el principal organizador social; más tarde señalaron la creciente escisión entre trabajo y ocio, la secundarización de la fábrica como el lugar de identificación obrera y la emergencia del *lugar* del consumo como factor de identificación e integración social. Es decir estos estudios plantearon tempranamente lo que la sociología europea y en particular francesa desarrollarían en los 60 y 70. Como sabemos una parte de las investigaciones socioantropológicas norteamericanas eran realmente las únicas que daban información sobre los procesos de trabajo, así como de las estrategias obreras de no trabajo. El marxismo no se preocupaba por estos procesos; los daba como supuestos y de paso criticaba a la producción académica por moverse en un nivel manifiesto y por la mala utilización de conceptos, en particular el de alienación. No debe extrañar entonces, que el libro de referencia marxista que constituye el reinicio de la recuperación central del proceso de trabajo, —me refiero al libro de H. Braverman,— haya surgido justamente en los EEUU. Debe recordarse que cuando uno de los pocos grupos teóricos (y políticos) marxistas preocupados por el proceso de trabajo y las estrategias obreras en los lugares de trabajo,

me refiero al grupo "Socialismo o Barbarie", necesitaba dar ejemplos al respecto, reiteradamente citaba los notables trabajos socioantropológicos de D. Roy realizados en la década de los 50.

La nueva crisis del marxismo teórico en los 70, la clausura de las expectativas generadas en algunos países de capitalismo central a partir del 68, así como los nuevos desarrollos económico-productivos y sociales condujeron a recuperar las antiguas conclusiones y materiales de la producción académica norteamericana, que en algunos países europeos fue tamizada con un lenguaje paramarxista. Respecto de los nuevos desarrollos económico-productivos y sociales tres fueron los procesos más determinantes: el desarrollo y claudicación ulterior de la experiencia italiana de la participación obrera, que colocó en un nivel político de masas la propuesta del control obrero; el mantenimiento del nivel de vida del proletariado en los países centrales pese a las condiciones recesivas de la crisis, y el desarrollo y aplicación tecnológicos y de racionalización empresarial que condujo a una reducción significativa en términos cuantitativos del proletariado industrial.

Todos estos procesos, y sobre todo la necesidad de recuperarlos, evidenciaron la carencia de producción marxista sobre la significación del trabajo, la referencia más o menos mecánica a la teoría del valor, la conceptualización crítica (negadora) o sólo referencial a la teoría de la alienación en sus versiones luckasianas y goldmanianas, pero sin investigaciones marxistas que la evidenciaran. Sobre todo indicaba una falta de producción etnográfica y de teorización sobre la significación no sólo económica, sino política, social e ideológica (cultural) del trabajo en los conjuntos sociales y en particular en el supuesto sujeto social de la transformación.

El cuestionamiento generado a partir del desarrollo de los procesos político-económicos, así como la crisis teórica condujeron en los hechos a la pérdida o por lo menos limitación de la perspectiva utópica. La acusación al marxismo de productivista (y no sólo de economicista), y su "realización" en sociedades organizadas jerárquica y autoritariamente, fueron hegemonizando la crítica respecto de una teoría ideológica que si bien operaba como principal fuerza revolucionaria en países tercermundistas, no aparecía generando una alternativa societaria, por lo menos para los países de capitalismo central, incluido en ello la mayor parte del movimiento obrero.

El cuestionamiento al marxismo en el poder como productivista y no sólo economicista en su verificación social, puede ser reconocido como correcto; hallar que la categoría fuerza de trabajo no necesariamente genera un sujeto social con capacidad de transformación alternativa y que esto puede conducir a expresar una metafísica ilusionada de la historia también puede ser aceptado. Podrían hacerse otros reconocimientos del mismo nivel de radicalidad, pero estos reconocimientos deben ser ponderados junto con otros procesos que evidencian su persistencia. Así siguen constatándose los procesos de explotación, de alienación, de mantenimiento de fuertes desigualdades sociales y económicas inclusive en los países capitalistas centrales. Esto es relevante para las condiciones de salud, mortalidad y esperanza de vida desiguales, donde los estratos sociales subalternos y

en particular los sectores laborales menos calificados evidencian una notoria situación de desigualdad (ver E.L. Menéndez y R. Di Pardo 1986). Si esto es así ¿cuáles serían las categorías teóricas y los sujetos sociales que permitirían establecer la posibilidad de alternativas, aun cuando fueran utópicas?

Asistimos en la actualidad a un *realismo* en el cual vuelven a situarse viejos y nuevos amigos en el poder. Esto en Argentina es transparente; la explotación, la alienación, las desigualdades socioeconómicas aparecen como procesos reales, verificables, objetivos que varios discursos *procedentes* de autores marxistas y populistas de izquierda convalidan. Inclusive estos discursos son contemplativos de las realidades. No sólo no niegan los procesos señalados en el propio país, sino que asumen que en otras situaciones de "mayor" explotación pueden generarse transformaciones a partir de diferentes sujetos sociales, pero que las propuestas de los mismos no conducen necesariamente a una sociedad alternativa.

Así como determinados sectores teóricos siguen asumiendo la radicalidad de determinados sujetos sólo a fuerza de ideología, y sin tratar de verificar los procesos significativos en los dos niveles ponderados, también otro sector de ralistas políticos asumen la desaparición de categorías y de sujetos que posibiliten la producción de alternativas. Algunos, y no por eclécticos, diluyen dicha posibilidad, en el concepto de "movimientos sociales", que por lo menos para mí es de muy difícil precisión y como los de cultura popular o medicina tradicional solo tienden a nombrar o etiquetar procesos sin tener la obligación, por lo menos teórica, de generar precisiones y explicaciones.

Si los factores señalados significaron una crisis de alternativas, toda una serie de procesos diferenciales que vemos desarrollarse en los países de capitalismo central y periférico condujeron a intentar recuperar o proponer a otros sujetos sociales como posibles agentes de la transformación alternativa. Debe subrayarse que *todos* los sujetos propuestos, se definen negativa o positivamente con referencia al trabajo y a su significación objetiva y subjetiva (de los conjuntos sociales). Así la denominada "nueva clase obrera", los "estudiantes", los sectores "marginales urbanos", los "campesinados", las propuestas del sector "doméstico" no sólo se definen por su inserción o no inserción productiva, por el tipo de inserción, por la potencial inserción, sino que también se definen, en la casi totalidad de los sujetos sociales, por una determinada relación de valoración subjetiva (de los conjuntos) con respecto al proceso productivo y al producto del trabajo. Esto no es sólo perceptible en la continuidad neomarxista de los que proponían los conceptos de "nueva clase obrera" o de "estudiantado", sino que se da también en las propuestas teóricas respecto del sector "doméstico" y sobre todo en el caso de los campesinados. En estos se daría una particular relación con los medios de producción y en especial con la "tierra", la cual no sólo aparece cargada de contenidos culturales y sociales, sino que además en las relaciones sociales constituidas a partir de ella se encontrarían los ejes de una posible cultura alternativa. Al igual que para la "vieja clase obrera", la relación con el trabajo determina su identidad cultural, pero también al igual que en ella los mecanismos distintivos y

transformadores serán los de cooperación, solidaridad, igualdad, reciprocidad.

Resumiendo, nos interesa reflexionar sobre las problemáticas constituidas en torno del significado del trabajo, dado que el núcleo teórico de las mismas ha sido tomado como categoría explicativa y utópica respecto de las condiciones sociales dominantes y respecto del sujeto posible de la transformación. Esto dentro del marxismo es explícito, pero la mayoría de las tendencias que proponen otros sujetos sociales explícita o a menudo implícitamente, también se refieren a las categorías organizadas a partir del trabajo. Nos interesa además reflexionar sobre la escafísima producción latinoamericana al respecto, sobre los supuestos ideológicos que dan por reconocidas estas significaciones sin descubrirlas ni analizarlas y sobre todo verificándolas en los procesos desarrollados, autónomamente o no, por los diferentes conjuntos subalternos propuestos como posibles sujetos de la transformación social.

Significación subjetiva y continuidad cultural en las clases subalternas

La continuidad de estas reflexiones supone que pongamos qué entendemos por trabajo; de qué estamos hablando cuando nos referimos a trabajo. En principio seleccionamos dos "definiciones" que nuevamente se proponen como tipos que supuestamente engloban toda una serie de definiciones específicas:

- a) Trabajo como equivalente a fuerza de trabajo;
- b) Trabajo como toda actividad que contribuye directa o indirectamente a la transformación de la materia y a la reproducción de los que trabajan, incluyendo toda la variedad de actividades de autoproducción o de producción autodeterminada.

La primera definición es referible exclusivamente a las sociedades de tipo capitalista y la segunda al conjunto de sociedades, en la medida que en todas se dan actividades como las señaladas. Que las mismas estén organizadas y estructuradas a través de otras actividades sociales o que se detecte la inexistencia de un concepto que defina trabajo más allá de la referencia empírica a cada actividad laboral, no implica negar la existencia y reconocimiento de dichas actividades en una sociedad determinada.

Ambas definiciones presentan elementos comunes y diferenciales. La primera acepción supone trabajo asalariado, productivo, "libre" y sobre todo la generación de plusvalía, mientras que la segunda no. De hecho la primera acepción considera al trabajo humano como el determinante de la estructura social, mientras que la segunda la considera como parte de la misma y por lo tanto como codeterminada. Para ambas definiciones el trabajo es colectivo, aunque adquiera formas individuales; implica planificación aun cuando adquiere características de espontaneidad. Supone una aplicación inteligente, un saber, una destreza aun cuando el mismo se realice casi automáticamente. Para ambas definiciones el trabajo tiene como objetivo producir para dar solución a las necesidades; que en el primer caso ésto se da a partir de la generación de plusvalía no invalida dicho objetivo, sino que lo refiere a la relación valor de uso/valor de

cambio. Las necesidades a cubrir, como sabemos, están determinadas por el nivel de cada sociedad y por la construcción de necesidades que operan en las mismas.

Recordemos que lo que estamos señalando para la primera definición corresponde al concepto de fuerza de trabajo, y desde esta perspectiva el trabajo aparece como escindido de las relaciones sociales no económicas, constituyendo teóricamente un campo autónomo. Para la segunda acepción, ni aun razones de tipo metodológico pueden dejar de incluir el trabajo dentro de la red de relaciones sociales y culturales que lo constituyen. Como sabemos esta diferenciación ha sido especialmente discutida dentro del ámbito de la denominada antropología económica, que ha tratado de rescatar la peculiaridad totalizadora de las sociedades precapitalistas, o por lo menos de algunos tipos de sociedades. Pero lo que hay que recuperar es que aun dentro de las sociedades capitalistas la separación sólo es factible en términos metodológicos. La no consideración del conjunto de relaciones conducirá a sesgar el análisis —lo dominante— o a discusiones sin sentido en la medida que no se expliciten los supuestos. Esto aparece relevante justamente en relación con el concepto fuerza de trabajo. Dicho concepto constituye en sí una síntesis teórica que absolutiza las relaciones económicas y que busca explicar que es el trabajo el dador de valor. Pero el aislamiento de las otras relaciones sociales y culturales o inclusive de las relaciones económicas no productivas oculta por ejemplo a esta concepción la función determinante y *productiva* de las condiciones que permiten reproducir la fuerza de trabajo. Su no inclusión en el análisis limita las posibilidades del mismo de dar cuenta del problema analizado, en la medida que escinde la problemática de la significación subjetiva:

“Yo creo que la teoría del valor ha sido considerada demasiado exclusivamente como un razonamiento sobre objetos económicos. Sin duda, es la teoría que se elabora sobre el cambio entre la fuerza de trabajo y el capital mediante el salario, que son objetos y figuras de objetos..., pero la fuerza de trabajo no es sólo un objeto, la fuerza de trabajo es la energía humana, el nivel práctico de la subjetividad humana. ¿Y se puede pensar que el venderse a sí misma sea un acto operativo puramente práctico? ¿Lo que es el movimiento de cambio de los objetos no viene a ser también gradualmente la conciencia de la alienación de sí, del propio ser depravado, explotado?” (U. Cerroni 1982:191).

La concepción del trabajo como fuerza de trabajo ha conducido a considerar al conjunto de los trabajos productivos como *negativos* para el ser humano en general y para el productor en particular, ya sea a través de los procesos de explotación, de alienación o del fetichismo de la mercancía. Sólo podrá haber trabajo positivo al ser eliminadas las condiciones que convierten el trabajo en fuerza de trabajo. En su nivel mayor de abstracción en consecuencia el trabajo tiene bajo el capitalismo un significado negativo para el trabajador.

La segunda definición reconoce que en las sociedades capitalistas, pero también en la mayoría de las sociedades socialistas de Estado el trabajo es degradante, monótono, rutinario, descalificador de habilidades. No se considera necesariamente al trabajo como el factor determinante de la producción de la sociedad, y aun superado el capitalismo, el

trabajo no sólo no será necesariamente creativo, sino que permanecerá alienado. Esto no implica desconocer la existencia de áreas laborales reducidas donde no operan el conjunto de elementos negativos antes enumerados, y donde el trabajo puede ser creativo, satisfactorio, expresivo a partir de sus condiciones intrínsecas.

Mientras que la primera acepción reconoce a la fuerza de trabajo una función particular —ser el agente de la transformación social—, en la segunda no se plantea explícitamente esto.

Ahora bien, la propuesta del trabajo como categoría autónoma y determinante se construye y acompaña el desarrollo del capitalismo. Serán los economistas clásicos, Hegel y Marx los que piensen el trabajo como categoría explicativa de los conjuntos sociales. Pero la no existencia de *teorías* sobre la sociedad basadas en categorías relacionadas con el trabajo no supone concluir que en determinadas sociedades precapitalistas no existieron ideologías sobre el trabajo y los trabajadores. Más aún, en la mayoría de ellas se constituirán estereotipos no sólo referidos a los oficios y ocupaciones sino respecto de los tipos más abstractos, de los cuales los de mayor continuidad han sido los agrupados en función de la escisión trabajo manual/trabajo no manual.

La información comparada evidencia que en la mayoría de las sociedades precapitalistas, sobre todo en las cazadoras-recolectoras, se trabaja lo menos posible, o para ser más precisos el tiempo total anual dedicado al trabajo para obtener la solución de las necesidades establecidas por el nivel de cada sociedad es significativamente menor a la cantidad de trabajo individual generada bajo el capitalismo, especialmente durante el siglo XIX. No obstante en la mayoría de las sociedades precapitalistas, incluso en el caso de algunas sociedades tribales, las actividades laborales son percibidas como tediosas o pesadas, es decir domina una percepción negativa. En las sociedades horticultoras y labradoras, pero sobre todo en las esclavistas y aquellas donde se ha constituido un campesinado, las concepciones ideológicas dominantes son específicamente negativas hacia las actividades laborales.

En varios idiomas la palabra que designa al trabajo no sólo tiene un contenido negativo, sino que expresa una alta discriminación. El trabajo aparece como castigo, como tortura, como obligación, indica generalmente esfuerzo y tiene connotaciones de actividad penosa. Esto, y los subrayamos, ocurre aun cuando el trabajo esté integrado con el ciclo de fiestas y costumbres de las cuales forma parte. La significación creativa del trabajo no es ponderada, salvo para las actividades no manuales, que por otra parte no son consideradas “trabajo”. La escisión entre actividades manuales y no manuales (o intelectuales) genera una visión unilateralmente negativa para el primer tipo de actividades, que son las que realizan el conjunto de los grupos subalternos.

Los sectores sociales hegemónicos en las sociedades estratificadas construyen ideologías en las cuales se integran el necesario reconocimiento de la importancia del trabajo y la negación del mismo y de quienes lo realizan a través de la estigmatización social de los productores.

Tomando el caso particular de las sociedades en las cuales se generará inicialmente el proceso capitalista, debe subrayarse que en ellas la tradición ideológica también con-

sideraba al trabajo en términos negativos. Si bien existían orientaciones ideológicas que recuperaban el trabajo como expresión de las relaciones ascéticas con la divinidad, como un símbolo de las relaciones con la misma, no fue éste el sentido fuerte y menos para las clases subalternas, que como sabemos eran básicamente el "campesinado". Le Goff ha analizado sabiamente este proceso y su estructuración en la Alta Edad Media, sintetizando los elementos dentro de los cuales se desarrollarían las ideologías sobre el trabajo y cómo las mismas se constituyen en torno al prototipo del "trabajador", es decir del campesino. Son sus actividades laborales, las que se "encarnan" en su personalidad social y de ella surgen los indicadores con los cuales se construyen los estereotipos de inferiorización. Como dice Le Goff, una triple herencia pesa en la construcción de este estereotipo: a) grecorromana: modelada por una clase que vive del trabajo esclavo y se enorgullece del *otium*; b) bárbara: de grupos guerreros habituados a obtener parte de sus recursos del botín y c) judeo-cristianas: que hace hincapié en la primacía de la vida contemplativa (1983:170).

En su análisis, Le Goff evidencia que los desarrollos económicos generados en los siglos XIII y XIV condujeron a la estructuración de significaciones que reiteradamente se constituyen a partir de las relaciones estratificadas organizadas en torno al trabajo: la necesidad de validar el trabajo, junto con la necesidad de generar estigmatización y subordinación del trabajador y la recuperación de la escisión manual/no manual como un instrumento que permite ideológicamente dar cuenta de esa situación conflictiva. Como concluye el autor "Pese a la adquisición medieval el trabajo siguió siendo un valor frágil, amenazado, puesto sin cesar en cuestión por la evolución económica y social. Tanto antes como después de la Revolución Industrial las clases sociales que ascendieron a fuerza de trabajo se apresuraron a renegar de su origen laboral. El trabajo no ha dejado de ser realmente una *mácula servil*" (1983:172).

Estas concepciones ideológicas, incluidas por supuesto las condiciones de estigmatización y subordinación, estaban presentes en la "moral" de los conjuntos subalternos a partir de los cuales se desarrollará el trabajo bajo el capitalismo. Son estos conjuntos campesinos y "marginales" urbanos los que no sólo evidenciarán una continua nostalgia por el Paraíso Perdido —lugar donde no se trabaja—, sino que en las concepciones ideológicas populares medievales y de los siglos XVI-XVII se reproducirán las posibilidades de acceder, aunque no sea más que imaginariamente, a los "Reinos de Jauja". Para las clases subalternas en estos "reinos" "a quienquiera que se le coja trabajando se le romperán las dos piernas. (En ellos) no existe el hambre, ni la sed, ni la vejez, ni el dolor. La ley manda comer, beber y no trabajar. No hay ninguna otra ley. No existen policías que obliguen a trabajar" (S. de Grazia 1966:340).

Posiblemente haya sido E. Thompson, quién desde la perspectiva del movimiento obrero, mejor haya analizado la continuidad de estas ideologías, mentalidades, morales o como se las quiera denominar. En sus análisis, se observa que "las masas populares de las que surgió la clase obrera permanecieron atadas durante generaciones a las tradiciones preindustriales; su resistencia al capitalismo también fue una revuelta hacia esta forma de vida, un intento de volver a

crear una sociedad de hombres humildes, independientes que controlaban su propio destino... Tales aspiraciones fueron aniquiladas inevitablemente por el ímpetu ascendente del capitalismo, pero no por esta razón carecieron de importancia o fueron desdeñables..." (T. Nairn 1977:217).

Creo que la continuidad que se afirma debe conducir a rastrear y hallar esta continuidad de relaciones negativas con un trabajo, que si bien en varios contextos supone algunos de los rasgos ponderados por Thompson, implica también otros rasgos en torno a los cuales se organiza la subordinación obrera. La relación con el trabajo, su significación, su articulación negativa con los estratos dominantes, forman parte sustancial de la continuidad en la ideología de las clases subalternas, así como constituye una de las bases sociales a partir de las cuales explicar las nuevas relaciones construidas por la dinámica capitalista, la cual *reitera*, en función de las nuevas relaciones socioproductivas, formas similares de manejo ideológico y social respecto de la tensión entre necesidad de trabajo y discriminación del mismo. Esta tensión forma parte, al igual que los períodos recurrentes de desocupación, de las altas tasas de mortalidad, etcétera., de la experiencia y del saber de estas clases subalternas y se continuarán en las "nuevas" formaciones capitalistas.

Todo un sector del campesinado convertido periódicamente en masa "marginal", en "pobres" desde la Baja Edad Media y hasta el siglo XVIII, irán construyendo experiencias que también se tradujeron en actitudes negativas y ambivalentes respecto del trabajo. B. Geremek demostró, inclusive a nivel cuantitativo, la alta incidencia de esta población "marginal" durante dicho lapso. Señala que:

"Alfred Sauvy al estudiar las relaciones entre empleo y nivel de vida, ha emitido la hipótesis de que en determinadas condiciones la sociedad no tiene interés en desarrollar empleo. En casos así, los inactivos no producen, pero quedan condenados a un nivel de vida bajísimo. Para la sociedad resulta preferible dejarlos sin trabajo y asegurarse un mínimo vital de subsistencia, inferior al salario. Por otra parte, los hombres que se encuentran en semejante situación tendrán una tendencia a preferir ser indigentes y depender de la asistencia pública, a un salario o una renta que supere escasamente el mínimo vital" (1974:259)

y concluye:

"Al igual que Sauvy pensamos que no hace falta infravalorar el elemento del cálculo económico, consciente o inconsciente, en la elección de una existencia vagabunda. Cálculo, en el significado más elemental del término, o sea, confrontación entre la desesperación de vivir trabajando, pero en una miseria creciente o la desesperación de vivir de limosnas, sin trabajo o con una labor ocasional. Cuando el trabajo sólo rinde el mínimo vital, su abandono pasa a convertirse en una tentación social" (1974:261).

Una parte de las clases subalternas determinadas por el sistema social a vivir en un nivel de subsistencia, en un mínimo vital, no debieron esperar al capitalismo para generar una experiencia donde el no-trabajo aparecía como una "solución" más idónea. Opción que es difícil de explicar exclusivamente en función de patrones culturales y es necesario interpretar como estrategias socioideológicas transaccionales.

El desarrollo capitalista iba a *potenciar* toda una serie de procesos previos y a reconstituirlos; pero las significaciones ya existían y se reformularán según las nuevas condiciones de desarrollo capitalista. Así no sólo la salarización y la potencial desocupación son procesos previos al capitalismo, sino que en las situaciones precapitalistas observamos la constitución de políticas que se continuaron en los propios países capitalistas desarrollados no sólo durante el siglo XIX, sino prácticamente hasta la actualidad. Piven y Cloward han descrito y analizado la continuidad de las "Leyes de Pobres" en los EEUU hasta la década de 1960 *demostrando* que dichas leyes no sólo están en relación con las condiciones de demanda de mano de obra en el mercado, sino que las mismas tienden a construir un trabajador ajustado a las relaciones de trabajo y de no-trabajo dominantes.

Toda una serie de particularidades que se han detectado en el uso de la mano de obra/fuerza de trabajo en los países de capitalismo dependiente pueden sin embargo ser encontradas hasta fechas recientes en los países capitalistas desarrollados, y forman parte de la construcción de la fuerza de trabajo por el capitalismo. Así la relación *constante* que la mano de obra de los países periféricos *necesita* generar en un ciclo que esquemáticamente se puede presentar como trabajo industrial/desocupación/trabajo rural y/o trabajo por cuenta propia, no sólo constituyó una característica de los países centrales durante el siglo XIX, sino que se continúa hasta la actualidad en los mismos. S. Mallet describe cómo en un país como Francia dicho ciclo ocupacional se manifiesta hasta después de la Segunda Guerra Mundial en un área de antiguo trabajo industrial, los obreros navales de Nantes. Pero como sabemos ésta es la forma dominante de inserción productiva de los trabajadores migratorios en los países de capitalismo central a partir de la segunda postguerra.

Si bien el propio E.P. Thompson ha analizado las condiciones que dieron lugar a una "cultura obrera" y la significación que el trabajo tuvo para la misma, su *descripción* evidencia en gran medida lo que venimos sosteniendo. En su análisis se señala la notoria continuidad de los sistemas culturales precapitalistas en los trabajadores industriales ingleses, e inclusive un reforzamiento de los mismos en la primera etapa de la Revolución Industrial:

"Enriquecidas por las experiencias del Siglo XVII, conservando en el Siglo XVIII las tradiciones intelectuales y libertarias que hemos descrito, conservando también sus propias tradiciones de mutualidad en las sociedades benéficas y clubes de oficios, estos hombres no pasaron del campesinado a la nueva población industrial en una sola generación" (1977, vol.III:527).

Pero esta continuidad, que forma parte de la cultura obrera, debe incorporar aquellos elementos que hacen a la significación subjetiva del trabajo. Es relevante la poca información histórica y etnográfica (etnografía de los trabajadores) que Thompson maneja al respecto. No sólo no hay descripciones específicas, sino que lo dominante es la caracterización impresionista (orgullo del oficio, saber del trabajador), pero sin descripciones y análisis de los mismos. Más aún; a lo largo de su notable investigación son más relevantes las

condiciones que indirectamente (nivel de vida) o directamente (condiciones de trabajo) ponderan la significación negativa del trabajo. Al analizar algunas de las ocupaciones dominantes a principios del siglo XIX, concluye que *tanto en la agricultura como en la industria* el subempleo constituye uno de los problemas fundamentales. En ambos tipos de inserción laboral sólo una *minoría* de trabajadores tenía regularidad en el empleo y desarrollaba de por vida la práctica de su oficio. Tanto el desempleo, como la rotación no sólo en unidades productivas, sino según el tipo de ocupación constituían la pauta de trabajo dominante. Pero más aun, al describir los procesos de enfrentamiento obrero-patronal se hace evidente que los mismos se organizan prácticamente siempre por las condiciones de trabajo, y no por la significación intrínseca del trabajo:

"Esto nos recuerda energicamente que algunos de los más virulentos conflictos de aquellos años giraron en torno a cuestiones que no tienen que ver con el costo de vida y problemas por el estilo. Las cuestiones que provocaron los sentimientos más intensos fueron con mucha frecuencia los relacionados con valores tales como: costumbres tradicionales, "justicia", seguridad o economía familiar, todos ellos muy alejados del prosaico "pan y manteca". Los primeros años de la década de 1830-40 están llenos de agitaciones sobre cuestiones en las cuales los salarios tienen una importancia secundaria: los alfareros contra el pago en especie; los obreros textiles por la jornada de diez horas los obreros de la construcción por la acción cooperativa directa; todos los grupos de trabajadores por el derecho a organizar sindicatos. La gran huelga en la cuenca carbonífera del Nordeste en 1831 tuvo tres causas principales: seguridad de empleo, liquidación de los economatos obligatorios de las empresas y el trabajo de los niños" (1977, vol.II:28).

Gran parte del énfasis de Thompson está colocado en lo que la socioantropología del trabajo venía subrayando desde la década de los 20, de lo que se considera su principal aporte al conocimiento de la problemática del trabajo. En sus descripciones y análisis demostraron que para los trabajadores la importancia del trabajo reside más que en su significado intrínseco, en las relaciones sociales que se organizan a partir y en torno al mismo; la importancia de los patrones sociales y culturales "externos" que pueden ser recuperados en su trabajo asalariado. Inclusive estos autores reinventan para conceptualizar esto, un término que *también* utilizará Thompson, aunque con un significado más amplio: "moral laboral". Estas propuestas aparecen relevantes en algunos de los mejores productos de la socioantropología del trabajo, en particular los de D. Roy y W. F. White en la década del 1950.

Clases dominantes y el necesario proceso de desconocimiento/reconocimiento

Al subrayar estas continuidades, no se pretende desconocer que el desarrollo capitalista convierte a la subocupación y a la desocupación en estructurales, sino que lo que nos interesa es ponderar la existencia de *experiencias de masas* previas al capitalismo y que ya establecían una significación negativa con el trabajo, con la ocupación, e inclusive con la desocupación, que además en gran medida se continuaron en la constitución de las nuevas sociedades capitalistas.

Son estos estereotipos los que están en la base de las significaciones que se elaborarán durante los siglos XIX y XX, donde la tensión y opacamiento señalados se incrementarán a partir de las nuevas condiciones productivas.

Podemos decir que a nivel ideológico se generan y se articulan toda una serie de concepciones complementarias y contradictorias generadas y asumidas por diferentes sectores sociales, subrayando que algunas de las mismas significaciones serán sostenidas por grupos sociales antagónicos.

Sintetizando y ordenando las concepciones podemos discriminar dos grupos de significaciones ideológicas:

- A) Positivas: - la denominada "mentalidad protestante", que como sabemos puede ser encontrada en el catolicismo del siglo XV italiano, que valora el trabajo en sí;
- la valoración del *trabajo productivo* generado por los trabajadores y que constituye parte de la ideología obrerista desde por lo menos principios del siglo XIX;
- la valoración del trabajo artesanal y en segundo y distanciado lugar del campesinado medieval recuperando la calidad de trabajo totalizador y que es desarrollado por las diferentes tendencias románticas desde fines del siglo XVIII.
- B) Negativas: - el trabajo "industrial" bajo el capitalismo como explotación, alienación, etcétera ponderado a nivel teórico básicamente por el marxismo;
- el trabajo industrial como lo anterior, y señalando los rasgos de degradación física, moral, social, cultural generado en los productores. Las diferentes tendencias del romanticismo filosófico y sobre todo literario desde fines del siglo XVIII;
- el trabajo como expresión de inferioridad y subordinación de clase; generada por determinados estratos de la burguesía articulados con la aristocracia;
- el trabajo como expresión de todo lo anterior, pero en particular referida a la explotación, desocupación y salario: la mayoría de los trabajadores industriales.

Estas diferentes concepciones ideológicas se reformularán en la medida que se generen cambios no sólo económico-productivos, sino sociales y culturales bajo el capitalismo. Además algunas de estas concepciones incluyan en sí mismas elementos conflictivos que a severando la significación positiva en lo manifiesto, implicaban consecuencias negativas. Así en la denominada concepción protestante-ascética, la productividad per se o se traduce en la ambivalencia riqueza/desprecio o se refiere a la ascesis divina. Las condiciones generadas orientaron esta concepción hacia la primera posibilidad, que si bien se desarrolló plenamente en la segunda mitad del siglo XX a nivel de conjuntos sociales, ya aparecía dada en el siglo XIX:

"La moral puritana tradicional pierde su función cuando una sociedad ha alcanzado cierto grado de industrialización y un elevado nivel de vida, cuando la jornada de trabajo se abrevia y

el trabajo deja de representar un esfuerzo corporal, cuando el trabajo humano se encarece y la racionalización técnica y un mayor crecimiento económico reposan sobre la mayor utilización de maquinaria, en el marco de una tecnología automatizada. La sociedad de consumo a diferencia de la puritana no puede fomentar "virtudes" como la disciplina, el ahorro y la restricción de la satisfacción de las nuevas necesidades..." (J. Israel 1977:244).

Tanto las corrientes ideológicas de los sectores subalternos como las de los dominantes, que llegan al siglo XIX, así como las condiciones reales del trabajo obrero, y los procesos de acumulación capitalista tienden a dar un sentido fuerte a las significaciones negativas del trabajo. Esta ideología como estructura inconciente es la que sobredetermina las significaciones "positivas" de la mentalidad protestante o de la "ideología obrerista clásica", y son las que realmente dan cuenta de la significación social del trabajo para los conjuntos sociales, incluidos los trabajadores industriales.

Bajo el capitalismo se tensará aun más la contradicción ideológica entre la importancia del trabajo humano (fuerza de trabajo) para la acumulación, y la necesidad de estigmatizar al trabajador. Es justamente esta situación contradictoria la que la teoría marxista explicará mejor que ninguna otra a través de la teoría valor/trabajo, y de los conceptos fuerza de trabajo, alienación y fetichismo de la mercancía. Dicha teoría explicará no sólo la necesidad de la fuerza de trabajo como dadora *real* del valor, sino los mecanismos de ocultamiento y opacamiento de ese valor a la sociedad en su conjunto, incluidos los propios trabajadores y la devolución objetivada de su trabajo no sólo como mercancía y productos extraños, sino como trabajo subordinado, degradado.

Si bien como ya lo señalamos contamos con información que evidencia que *el trabajo es salario* en relaciones de trabajo en el occidente medieval o en el sistema colonial americano, será básicamente bajo el capitalismo cuando se generalice crecientemente esta forma de relación, pasando a constituir el salario la simbolización del acto laboral y del resultado de ese acto. Trabajo pasará a ser cada vez más salario, empleo y productividad tanto para los trabajadores como para los patrones y ésto en la práctica social y más allá de los discursos ideológicos.

Es durante este período que se constituyen las nuevas significaciones del trabajo, y si bien el trabajo asalariado de tipo capitalista no será el dominante en términos demográficos, será el hegemónico dada su importancia decisiva para el desarrollo capitalista:

"Para el grueso de la sociedad el trabajo ha sido en general sinónimo de trabajo *rentado*, de modo que las actividades del voluntariado, del ama de casa, del que practica un hobby del artista creador no suelen considerarse trabajo" (W. Neff 1972:54).

Trabajo, para el conjunto de los sujetos, será lo que se hace "para ganarse la vida"; y la ocupación rentada, y básicamente la asalariada, surgen como el prototipo de lo que es el trabajo. Aunque existen otras actividades laborales, las mismas no aparecen colocadas ideológicamente en las condiciones de lo que se considera trabajo asalariado e inclusive el trabajo doméstico no fue considerado "trabajo" por los mismos que lo realizaban.

Que estas sean las significaciones o imágenes dominantes, no supone negar la existencia persistente y aparentemente creciente en determinados contextos, de otras actividades laborales que serían consideradas por los grupos subalternos, como los "verdaderos trabajos". Si bien la mayoría de estas actividades son rentadas, otras no lo son; pero lo que todas expresarían es la necesidad de autodeterminación laboral. Esto es transparente en las ideologías campesinistas, pero también es relevante en los trabajadores industriales cuyo ideal de trabajo es la tenencia del "taller por cuenta propia", así como es también notorio en el desarrollo creciente de determinados tipos de trabajos domiciliarios de alto grado de autonomía.

Las investigaciones socioantropológicas de D. Roy en los años 50 demostraron cómo los obreros realizaban *trabajos para ellos* dentro del proceso laboral que no les pertenecía. Toda una creciente bibliografía dedicada a la problemática del ocio, reiteradamente documenta la importancia de la realización de actividades laborales fuera del horario laboral. A nivel de sentido común un antropólogo francés, A. Vagnac sostenía en la década de los 40 lo siguiente:

"Se evitarían muchos contrasentidos con la noción de recreación si se quisiera reconocer en ella no el paso de actividades extrañas al trabajo, sino el retorno a actividades anteriores a nuestras formas modernas de trabajo. Pescar, cazar, hacer jardinería, producir tomates son labores, pero las significaciones dominantes no las consideran trabajo". (citado por J. Dumazedier 1978, vol.2:355, en G. Friedman y P. Naville 1978).

Los casos enumerados ponderan en conjunto la autonomía en la producción, la autodirección y el autocontrol pero no como propuestas ideológicas abstractas y combativas, sino como formas del quehacer cotidiano y como subproducto de las condiciones del trabajo social. Expresan en el ámbito privado y a veces público, el cuestionamiento a la subordinación en los procesos productivos y la potencialidad que el hombre tiene de realizar actividades laborales que le den otro tipo de "satisfacciones" más allá de la salarial, que es la "satisfacción" básica que obtiene de su trabajo.

Desde esta perspectiva el salario sintetiza no sólo lo que es el (su) trabajo, sino lo que puede obtener con ese dinero fuera del trabajo. El salario crea o es parte de una dialéctica del adentro/afuera centrada en la unidad de producción, según la cual el salario deriva de una actividad laboral que necesita realizar pero respecto de la cual tiene un continuo desinterés. Es no obstante ese trabajo el que permite la realización del salario fuera de la unidad de producción. La posibilidad de hallar algún tipo de satisfacción en el proceso productivo podría darse en la medida que se construyeran posibilidades de autocontrol y autodeterminación, lo cual no genera realmente en su inserción laboral, sino que crea "imaginariamente" en su trabajo "extralaboral".

Esta significación, practicada en los hechos cotidianos y en contadas ocasiones en la vida laboral, ha ido creciendo teóricamente como posibilidad para darle al trabajo una significación perdida. Uno de los interrogantes centrales actuales es si esto es posible, no sólo por las limitaciones políticas al control obrero, sino por las características intrínsecas de la mayoría de los procesos laborales.

Significación del trabajo o de cómo lo intrínseco es secundario

Para la economía clásica y para el marxismo el trabajo en la sociedad capitalista se identifica con productividad, inclusive *inicialmente* para el marxismo sólo hay un tipo de trabajo abstracto: el productivo que es el que genera valor y por lo tanto plusvalía:

"Esto excluye todo trabajo que no es intercambiado por capital. Los propietarios que trabajan por su cuenta (agricultores, artistas, profesionales y otros) son de acuerdo a esta definición trabajadores no productivos, porque su trabajo no se intercambia por capital y no contribuye directamente al incremento de capital" (H. Braverman 1975:471).

Subrayamos el hecho de que para determinadas posturas marxistas sólo determinados trabajos asalariados crean valor y que será básicamente en éstos sujetos sociales que se deposite la posibilidad de una sociedad alternativa. Esta concepción deber ser relacionada con otra que ya se señaló y según la cual es el trabajo más productivo —el único productivo— el más negativo, en términos abstractos y en términos de la subjetividad del que lo ejecuta (por lo menos en términos de alienación); y es este sujeto social el que es la base de las transformaciones alternativas. Como sabemos esto ha persistido dentro de determinadas orientaciones marxistas como núcleo-ideológico fuerte, aun para los que reconocen desde la década de los 60 el crecimiento de la "nueva clase obrera", la creciente tasa de ocupación en servicios y la contribución de por lo menos una parte de estos a la realización del capital, etcétera. Otras tendencias por el contrario han ampliado significativamente los sectores al señalar:

"... pertenece a la clase obrera todo aquel que contribuye, cualquiera sean la forma, intensidad y condiciones de su trabajo, a reproducir el capital social en un valor superior a la suma de los valores invertidos en el proceso de la producción, quedando excluido de las decisiones referentes a la utilización de los capitales y a la distribución de la plusvalía productiva" (L. Tomasetta 1975:244).

Cerrando o ampliando el espectro, la cuestión a plantearnos es si la identificación subjetiva y las condiciones sociales objetivas pueden generar una significación potencial positiva. La famosa investigación de Popitz en los años 50 evidenció, para el caso de los trabajadores metalúrgicos alemanes, la noción de autoidentificación con la producción de valor. Pero no sólo estos resultados son de difícil generalización, sino que los mismos no pudieron ser relacionados en esa investigación con un proyecto transformacional.

Ahora bien, ajeno a discutir esta posibilidad, el problema que sigue permaneciendo es el de cómo se articulan las significaciones negativas dadas en el proceso productivo y en la sociedad, con la posibilidad de significaciones que ponderen una alternativa. Y, lo que es nuclear para este estudio, ¿cómo esto puede partir de las categorías y de las experiencias constituidas en torno al trabajo?

Toda una serie de procesos actuales dados a nivel económico-ocupacional permiten observar que los mismos tienden a profundizar la tendencia a la significación negati-

va respecto del trabajo para el conjunto mayoritario de los trabajadores. No obstante, el trabajo industrial y la reformulación del mismo sigue apareciendo como el eje de las posibilidades *menos* utópicas de solución. Hace ya veinte años el campo socialista de Estado produjo un documento dirigido por R. Richta en el cual se sostenía:

"Todos los pronósticos referidos a la civilización occidental están claramente influidos por los límites del trabajo industrial. La única solución duradera posible es la superación del conjunto de las condiciones básicas del trabajo. La modificación del capital y la reducción del trabajo industrial se convierten en uno de los aspectos claves de las transformaciones sociales y técnicas..." (1971:96)

Para el equipo dirigido por Richta, como para muchos marxistas y no marxistas europeos y norteamericanos la automatización no sólo aparecía como el medio de superar las contingencias productivas, sino de resolver gran parte de la problemática de insatisfacción laboral. No debe olvidarse que la conceptualización sobre la nueva clase obrera surge parcialmente de esta posibilidad. Era el periodo de la recuperación de los Grundrisse y de la apropiación de un Marx que había pensado en la posibilidad de un desarrollo tecnológico que podía reducir a su mínima expresión la fuerza de trabajo.

Las perspectivas abiertas por la automatización, y ulteriormente por la robotización no operaron según las posibilidades planteadas en las sociedades socialistas de Estado; y en las sociedades capitalistas sus consecuencias contribuyeron a incrementar la descalificación laboral y la pérdida de significación del trabajo humano directo. Esto operó además conjuntamente con otros dos procesos, la potencialidad desocupacional y la profundización en la jerarquización y responsabilidad de las tareas a efectuar en los trabajos productivos y no productivos.

Si bien debe reconocerse que el conjunto de estas consecuencias corresponde básicamente a los países capitalistas centrales, las mismas se verifican parcialmente en procesos de punta en algunos países de capitalismo dependiente. No obstante debe subrayarse que en la mayoría de éstos la significación del trabajo tiene que ver con patrones de supervivencia y con condiciones ocupacionales y desocupacionales, donde el trabajo (ocupación) y la posibilidad de ingresos se convierten en los elementos de mayor significación.

Ahora bien, en términos del análisis que venimos desarrollando, estos procesos adquieren un carácter crucial, sobre todo respecto del futuro del trabajo industrial. Se estima que dentro de veinticinco años los trabajadores industriales constituirán no más del 10% de la fuerza de trabajo en la mayoría de los países desarrollados. Consideramos que pensar estas tendencias sólo como "aventuras neoliberales" o como contradicción final (o imposible) del capitalismo, dado que la robotización integral elimina teóricamente la posibilidad de plusvalía, es continuar en la senda de los análisis casi exclusivamente ideológicos.

Desde la perspectiva que nos interesa, estos procesos profundizan la significación negativa a nivel subjetivo de los conjuntos, constituyendo una continuidad de lo verificado en las décadas de los 60 y 70as. Consideramos que las críticas a los procesos de trabajo, la lucha por el "derecho a

la pereza" o por la prolongación del espacio de tiempo no laboral dentro y fuera de la unidad productiva expresan en dichas décadas, sobre todo en los países de más alto desarrollo capitalista, la profundización de la crisis del significado subjetivo del trabajo. Las luchas por los tiempos de producción, los intentos de "reconstitución" de la tarea, se expresaron recurrentemente en las encuestas donde la insatisfacción laboral fue la constante. Desde, por lo menos, la década de 1920 una corriente continua de investigación documenta dicha insatisfacción, desinterés, distanciamiento del trabajador respecto de su trabajo. La mayoría de estas investigaciones son de tipo académico, y en las últimas décadas fueron financiadas tanto por organismos de tipo internacional (OIT) como por los propios gobiernos nacionales. En las décadas de los años 60 y 70as, la mayoría de estas investigaciones demostraron que:

"...los trabajos disponibles en las economías avanzadas carecen de las cualidades morales que generalmente se les atribuyen. De hecho la mayoría de los trabajos son fastidiosos. Su rutina sin variaciones, la simplicidad de muchas de las tareas y la supervisión constante característica del ambiente jerárquico, le niegan al trabajador el sentido de competencia y la sensación de responsabilidad. Dado que el papel que éste desempeña en el proceso productivo es tan pequeño y que los productos que produce muy a menudo son superfluos y triviales, tiene poco sentido de realización. Se le niega la posibilidad de conexión con los demás trabajadores y con el resto de la economía a través de un sistemático aislamiento; además las relaciones personales son intermediadas por relaciones impersonales de mercado. Así, la confianza en que los beneficios morales del trabajo pueden contrarrestar la falta de rumbo individual o la falta de apoyo a las instituciones sociales está perdida... El proceso productivo es llevado a cabo por trabajadores, que fuera de la obtención de su salario, tienen poco interés en la producción" (J.W. Norton Grubb y M. Lazerson 1978:34-35).

Actualmente, cuando una crisis económica profunda y prolongada enfrenta al conjunto de las sociedades y de los sujetos con las necesidades de reproducción general y particular, el trabajo retoma por lo menos parcialmente su rol de necesidad más allá de su carácter obligatorio. Más aún, la dialéctica obligación/necesidad según los contextos sociales nacionales y ocupacionales adquiere hoy una validez social y teórica muy diferente a la que tenía en los años 60 y parte de los 70as. El cuestionamiento a la teoría del valor, la crisis de la teoría fundada en el trabajo para dar cuenta de los procesos de transformación radical, la lectura productivista de sistemas que se consideran antagónicos, la emergencia de la sobre desocupación estructural no sólo en los países de capitalismo dependiente sino en sociedades capitalistas de alto nivel de desarrollo, aunado a un proceso de reinstalación de prácticas de explotación laboral que parecían haber sido "superadas" colocan en un nivel de aparente trivialidad teórica la discusión sobre la significación social y subjetiva del trabajo. Sin embargo la urgencia de esta crisis no debe trivializar un problema y secundarizarlo, sino que debemos tener la voluntad teórica de persistir en su análisis en la medida que el mismo aparezca como importante. Y el problema de la significación del trabajo *todavía* lo es.

Los procesos de automatización y robotización crecientes en su aplicación, aun cuando discontinuos en su desarrollo, no sólo no han constituido la solución calificadora que algu-

nos proponían, sino que han profundizado la descalificación en general y en particular respecto de conjuntos sociales cuya capacitación educacional planteaba expectativas distintas. Más allá de las interrupciones, desaceleramientos o inclusive "resistencias" empresariales (y no sólo de los trabajadores) a la expansión de la automatización, no cabe duda que ésta constituye la tendencia dominante a largo plazo. No cabe duda también que se ha reducido significativamente el proletariado industrial en los países centrales —aun cuando crezca notoriamente en países dependientes como Brasil, Corea, Taiwán, etcétera— y que además la robotización integral amenaza inclusive a nivel teórico la

categoría de plusvalía y fuerza de trabajo.

Los autores, que sobre todo desde países capitalistas desarrollados, teorizan sobre los campesinados, el trabajo doméstico y los movimientos urbanos como alternativas, parecerían no reparar demasiado en que todos estos conjuntos siguen siendo definidos por la dinámica de la producción hegemónica y, lo que es más fundamental desde la perspectiva de nuestro análisis, que dichas investigaciones no dan cuenta de cuál es la significación subjetiva que ese trabajo (no trabajo) tiene para dichos conjuntos sociales, cuál es el tipo de sociedad alternativa que ella implica y sobre todo cómo se llevaría a cabo la misma.

Bibliografía

- Braverman, H.
1975 *Trabajo y capital monopolista*. Editorial Nuestro Tiempo, México.
- Carbonaro, A. y A. Nesti
1975 *La cultura negata. Caratteri e potenzialità della cultura popolare*. Guaraldi Editor, Firenze.
- Cerroni, U.
1982 Entrevista en *Diálectica*, Univ. Autónoma de Puebla, Puebla, México.
- De Grazia, S.
1966 *Tiempo, trabajo y ocio*. Editorial Tecnos, Madrid.
- De la Garza, E. et al.
1986 "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar" *Nueva Antropología* VIII, 29:85-106
- Dumazedier, J.
1978 "Trabajo y recreación en G. Friedmann y P. Naville (Edit.): *Tratado de Sociología del Trabajo*, F.C.E, México, vol. II:341-67.
- Israel, Jr.
1977 *Teoría de la alienación. Desde Marx hasta la sociología contemporánea*. Edit. Península, Barcelona.
- Le Goff, J.
1983 *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*, Taurus, Madrid
- Marx, C.
1981-83 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse) 1857-58, Siglo XXI, México, 3 vols.
- Menéndez, E.L. y R. Di Pardo
1986 "El concepto de clase social en la investigación de la problemática salud/enfermedad" en *Papeles de la Casa Chata*, 1,1:53-62.
- Nairn, T.
1977 "La clase obrera inglesa" en R. Blackburn (Ed.): *Ideología y Ciencias Sociales*. Grijalbo, Barcelona: 209-30
- Neff, W.S.
1972 *El trabajo, el hombre y la sociedad*. Paidós, Buenos Aires.
- Novelo, V.; J.L. Sariego y F. Besserer
1980 *El sindicalismo minero en México: Intento de periodización*. Seminario sobre Clase Obrera y Estado en América Latina, CLACSO-IIS, México.
- Norton Grubb, W. Y M. Lazerson
1978 "Continuidad y falacia en la educación profesional" en C. Biasutto (Comp.): *Educación y clase obrera*. Nueva Imagen:21-54.
- Piven, F. y P.A. Cloward
1972 *Regulating the poor. The functions of public welfare*. Vintage Books, Random House, New York.
- Richta, R.
1971 *La civilización en la encrucijada. Implicaciones sociales y humanas de la revolución científicotécnica*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Roy, D.
1952 "Quota restriction and poldbricking in a machine shop" en *American Journ. Sociology* 6:427-.
- 1954 "Efficiency and the fix" en *American Journ. Sociology* 8:255-. (Versión al español: "Componérselas: un contrasistema de control por los obreros y las relaciones laborales" en T. Burns (Edit.): *El hombre industrial*, Edit. Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, 369-390)
- 1953 "Work satisfaction and social reward in quota achievement: an analysis of piecework incentive" en *American Sociol. Review* 19:507-.
- 1959-60 "Banana time" en *Human Organization* vol. 18(4): 158-68.
- Thompson, E.P.
1977 *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*. Edit. Laia, Barcelona, 3 vols.
- Tomasetta, L.
1975 *Participación y autogestión*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Whyte, W.F. (Edit.)
1946 *Industry and society*. Mac Graw Hill, New York.
- Zapata, F.
1986 "Hacia una sociología del trabajo latinoamericano" en *Nueva Antropología* vol. VIII, 29:7-28.